


CERRO  GRANDE
E L S U P E R B L O Q U E

— Leoncio Barrios —

A

Alliteration

CERRO GRANDE | LEONCIO BARRIOS
Primera edición: julio, 2020

© Leoncio Barrios
© Alliteration Publishing, 2020

Diseño: Elisa Barrios
Portada: Andrea Martínez
Corrección: Amayra Velón

ISBN: 978-1-7378537-2-5

LA DÉCADA

1

Estas páginas se refieren a un hogar y a su zona de Caracas, pero en ellas también es mostrada una ciudad dentro de la ciudad y el ágil retrato del país de ayer, de hoy. Todo esto mediante la versatilidad del hombre-niño (o de un niño-hombre) que nos presta su “retrovisor de la memoria” para hacer el recorrido.

Diez años cubren los incidentes narrados, desde 1955. El ámbito: la pequeña y aislada población de El Valle. El hogar: el apartamento 12-33 de un modernísimo y único superbloque, diseñado por Guido Bermúdez, miembro del Taller del Banco Obrero conducido por Carlos Raúl Villanueva, e inspirado en la Unidad Habitacional de Marsella, según las ideas del arquitecto, pintor y escritor suizo-francés Charles-Édouard Jeanneret-Gris, conocido por su seudónimo de Le Corbusier.

Ese edificio es *Cerro Grande*, que acoge a 180 familias, tiene doce pisos, ascensor, apartamentos dúplex, lavandería comunitaria, lavadoras utilizables con fichas, sala de fiestas, cine, hornos para quemar la basura y un piso 4 que es la “pausa arquitectónica” abierta, una especie de “balcón de 360 grados”. Sus habitantes han venido de casas, especialmente del oeste de la ciudad; no hay militares, aunque sí allegados a ellos (el ministro de Defensa es pariente del narrador); tampoco hay gente divorciada. Allí se mudan en 1955 la madre de veinte años y el

padre sobre los treinta, el férreo matrimonio que ya tiene tres hijos, entre ellos a Leoncio Barrios, el narrador. En síntesis, “un pueblo en vertical” que descubre el confort y algo más.

Este algo más resulta especialmente significativo: porque *Cerro Grande* es una excepción arquitectónica, El Valle continúa siendo tan rural como cuando apenas unas décadas atrás vivía allí el impecable escritor y gran crítico Jesús Semprum y por la Calle Real todavía pueden ser vistos señores a caballo, campesinos; y niños puliendo semillas (“cachitos”) de bucares; por la zona pasa el autobús que va hacia Prado de María o Coche, en las cercanías vibra el cine *Roxy* con Tin Tan o Ana Bertha Lepe—por lo tanto con el mambo y el chachachá—; lo cual es como decir: El Valle está a las puertas de La Bandera y su semáforo, suprema antesala de la gran ciudad. Todo esto rodea la infancia y adolescencia de nuestro narrador.

Y aún se extiende el valor de ese algo más: *Cerro Grande* es un dinámico punto para el ascenso social: mediante la reciente y efectiva influencia de la televisión, a través de los nuevos clubes o casas regionales, por los vínculos con las vecinas instalaciones militares y, quizá de manera subterránea pero ineludible, por la práctica incesante de las fiestas: los deportes, el carnaval, la diversión.

La Bandera y su semáforo: arco de triunfo que abre la ciudad. Atravesarlo significa el contraste entre aquel mundo vegetal y la modernidad: los niños serán introducidos en calles con edificios, verán autopistas, gozarán del Centro Simón Bolívar y sus prestigiosas heladerías, conocerán el *Coney Island* y sus estrellas musicales, la familia comprará muebles finos y, en susurros, la mamá tratará de disimular, cuando transiten por allí, el paso por Puente Guanábano, lugar de suicidas.

Pero la ciudad palidece junto a la energía con que ante nosotros aparece el superbloque y su apartamento 12-33. Estructura, paredes, tráfico vecinal, límites internos y exteriores, colores y sonidos, remanencia de costumbres, hábitos nuevos, solidaridad y distancia; vida pública y secretos intuidos, amistades y

picardías: un tejido psíquico y material tiende el autor para que también nosotros, hoy, podamos integrarnos, con melancolía, complicidad y risas al superbloque.

2

La acción social más cumplida en estas páginas por su protagonista es la de bailar. Por él y los vecinos.

Como futuras réplicas de cuanto ha sido el país, pasan la vida canturreando, bailando. Aquí, a cada tantas páginas, salta un cancionero popular, con letra y casi cantado. Pero no nos dejemos engañar: tras esa fuerza risueña, el chico adivina y vive, lo que había anotado el poeta José Antonio Ramos Sucre, “la aspiración de las criaturas (...) se torna angustiosa bajo el peso de la sombra. Adivinan y sienten el cerco de un cautiverio” (*Santoral*). El apartamento es allanado por la policía política con inusitada frecuencia, el padre no cesa de estar preso (“Papá que no hacía nada, solo jugar a los caballos”); y la familia materna, incluida la madre misma (esa que ama las gladiolas), sufre persecuciones, asilos, padece por muertes. A la pesadilla militar sucede la “visibilidad” adecuada. En ese hogar las mujeres no lloran, a diferencia del púber que nos habla (“Me leía hasta los obituarios, uno a uno”).

Y es él mismo quien recoge el sobresalto de todos ante los esbirros, quien muy temprano advierte que el himno nacional, entonces —u hoy—, es cantado desde la ignorancia; quien intuirá cómo los emigrantes llegados de Europa, a la vez que progresan, sienten que están en “un país por hacer”, mientras contribuyen a darnos un “carácter cosmopolita”. En la percepción del autor, ese “país de oropel”, acoge un signo trágico para *Cerro Grande*, cuya altura también puede convertirse en sitio apropiado para quienes determinan suicidarse.

El paisaje de El Valle se transforma (cerros derrumbados, maquinarias, construcciones planificadas, proliferación de ranchos, desorden) y en el superbloque y en la zona adquieren fuerte

carácter dos deseos: para las muchachas, llegar a ser reina; para muchos, la carrera militar. ¿Un sello atávico?

3

Teresa de la Parra vive algunos años de su infancia en la hacienda de caña *Tazón*. En 1926 comienza a escribir su novela *Las memorias de mamá Blanca*, cuyos personajes recorren el siglo XIX desde, aproximadamente, 1855. Cuando décadas después las niñas que protagonizan esa narración vengan de la hacienda a Caracas, tendrán un sentimiento ambiguo: querían reencontrar el campo y solo ven “por todos lados cemento, tablas o ladrillos”. Cómicamente bautizarán tiendas, aceras, parejas con designaciones campesinas. Y así diluyen su desarraigo.

Todo lo contrario ocurre a nuestro jovencísimo narrador y a sus hermanos. Desde *Cerro Grande*, que ya los ha preparado para eso, se consagran a celebrar la modernidad. Pero tres elementos compaginan ambas historias: por ejemplo, el área de El Valle está muy cerca en las dos; tanto mamá Blanca como el niño terminarán añorando con ardor el *locus* de la felicidad infantil, aunque se haya convertido en un paraíso derruido. Y por último, en palabras de Teresa de la Parra, los sucesos evocados pudieran ser percibidos así: “La anécdota a que me refiero era sencillísima y de una trivialidad desbordante de interés. ¿Cómo podían correr juntos, agarrados alegremente de la mano, esa pareja de enemigos mortales: la trivialidad y el interés?”.

4

¿En qué medida Leoncio Barrios es un personaje que se reconstruye a sí mismo? Nació en Valera, ciudad de Los Andes venezolanos, en 1947; con su familia vino desde muy pequeño a Caracas y formó parte de la primera promoción de psicólogos sociales de la Universidad Central de Venezuela. Docente en la Escuela de Comunicación Social e investigador del Instituto de

Investigaciones de la Comunicación en la misma universidad. Doctor de la Universidad de Columbia. Dice en su curriculum: “En los últimos años ha dado rienda suelta a otra de sus antiguas pasiones: la escritura. Reside en Caracas, donde está dedicado al disfrute de la escritura, el baile y al abuelazgo”.

Fundador de una ONG, en el trabajo con diversas disciplinas y en sus declaraciones públicas, coloca como valor fundamental la solidaridad. Nada extraño para quien conoce desde muy adentro la unidad y las divergencias familiares, el desajuste social, las persecuciones políticas, el esplendor de fiestas y celebraciones.

Por esta narración transitan conmovedoras figuras femeninas: Rosa, Sarita y algunas muñecas. Ellas imantan los poderes sintéticos de Leoncio Barrios para el cuento breve. Precisamente el episodio de *Vicky, clínica de muñecas*, es un alarde de esa potencialidad. Lo cual nos permite ampliar la interrogante de Teresa de la Parra, porque en estas páginas lo cotidiano, lo trivial, adquiere rango de centro vital, como en toda existencia. Para nada deberá sorprendernos que, aparte de sus cuentos pornos inéditos (como ha dicho a la prensa), en este autor se revele un sorprendente y nunca tardío sutil cuentista.

Diez años abarcan estas páginas, pero como muchas cosas dichas en ellas, las confesiones del adolescente tienden directas o invisibles redes hacia el pasado de Venezuela (los inmigrantes canarios, el siglo XVIII, los jardines) y hacia nuestros días o hacia el futuro. Podemos tener aquí una nítida y fluyente crónica del paso a la democracia en 1958; sentir el destino de la inmediata guerrilla y, si somos atentos, notar muchas claves de lo que vivimos, como país, décadas después. Claro que reiremos conociendo o evocando; pero en la encantadora retícula aquí tendida por Leoncio Barrios, bailando o canturreando, de pronto nos sobresalta un raro dolor: el suyo que es nuestro.

JOSÉ BALZA
Caracas, 2018

CERRO  GRANDE

E L S U P E R B L O Q U E

*A Guillermo Barrios y Graciela Barreto,
los protagonistas.*

*A Asdrúbal Barrios,
coprotagonista estelar de esta historia.*

*A los López Ruiz,
quienes estuvieron en el recuerdo mientras escribía este texto.*

*A las Roig,
las vecinas que me enseñaron a bailar con la Billo's y Los Melódicos.*

A los vecinos de Cerro Grande.

ASÍ COMIENZA ESTA GUARACHA

Fue a finales de 1955 cuando mi familia se mudó a El Valle, en la periferia sur de Caracas. Atrás habíamos dejado la paradisíaca casa de El Hatillo, un pueblo que por su carretera de tierra y curvas de entonces, estaba más lejos de la ciudad que ahora. Allí habían ido mamá y papá a calmar una tristeza que tenían y a distraernos. En El Hatillo quedaron las matas de naranja, el olor a azahares, el crujir de conchas de guamas al pisarlas, los cocuyos que danzaban en la oscuridad como ojos fantasmales, los monos que saltaban de rama en rama al atardecer y una chiva con su chivito. Aunque ellos no se quedaron porque los vendieron a pesar de nuestras súplicas. No podíamos traer una chiva y un chivito a un apartamento. Ahora viviríamos en *Cerro Grande*, el primer superbloque que se construyó en Caracas, una joya de la arquitectura nacional que, además, por la cantidad de gente que lo habitaría, sería como vivir en un pueblo pero en vertical, con vecinos a los lados, arriba y abajo. Una novedad en Venezuela, para nosotros.

Por el retrovisor de la memoria veo el *Chevrolet* gris claro modelo 1950, manejado por papá, subiendo por una pequeña cuesta asfaltada rodeada por la falda de un cerro, a un lado, y por el otro, una larga construcción en hechura. Mucha tierra y verde por los alrededores.

Entre cajas, bolsas repletas de objetos y maletines con ropa, íbamos mamá, mis dos hermanos menores y yo. Sumadas las edades de nosotros tres, no daba veinte, casi los años de mamá en ese momento. Papá en sus treinta y tantos.

Bajamos del carro frente a la larga, ancha y desolada planta baja del edificio por donde caminamos hasta un ascensor –otro lugar extraño, atemorizante en aquel momento– donde el ascensorista nos condujo, sin parar, hasta el piso que papá indicó.

A pesar de ir todos agarrados fuertemente del pasamanos, se oyó una corta exclamación colectiva por el vacío en el estómago que produjo el vertiginoso ascenso y, quizás, del susto ante lo que nos venía. Al abrirse el ascensor, otro largo pasillo, el del piso 12: estrecho, solitario, silente.

Desde allí contemplamos la parte de atrás del edificio: un cerro tupido de vegetación, ideal para jugar a indios y vaqueros como en las películas de la tele, y un espeluznante vacío hacia abajo. Mientras contemplábamos aquel paisaje, atónitos, medio asustados, papá se adelantó, subió una corta escalera que conducía, exclusivamente, a la puerta del apartamento 12-33 y nos llamó. Los tres hermanos entramos a un espacio amplio, lleno de luz. Mamá venía detrás cargada de bolsas y advirtió rápidamente: “¡No se acerquen al balcón!”. Hacia allá corrimos en un santiamén para mirar el gran espacio que se iría llenando, transformando, ante nuestros ojos por los siguientes diez años. Hacia arriba, cielo y abajo, muy, muy abajo, tierra. “Si nos caemos, nos morimos”, pensé sintiendo un escalofrío.

Desde aquel largo balcón que daba hacia el frente del edificio se veían un terreno seco, unas casas grandes, otras pequeñas, y detrás de ellas, más lejos, unas edificaciones extrañas, monumentales. En una de ellas ondeaba la bandera de Venezuela. Más al fondo, en el alto de un cerro, entre el follaje resaltaba un letrero escrito con letras grandes y blancas que leí: “Poo-líí-í-gono de tii-i-ro, Polígono de tiro”.

A la mañana siguiente de la mudanza a *Cerro Grande*, estando todavía oscuro, sonó una trompeta que nos seguiría despertando por años hasta que dejamos de oírla aun cuando sonara. Era la diana que despertaba a los cadetes de la Escuela Militar, una de las edificaciones extrañas que veíamos desde nuestro balcón y donde ondeaba la bandera nacional.

En el patio central de esa academia los cadetes se alineaban en correcta formación. “¡Aaateenciónnn, fiiirmes!”, decía un comandante a través de un altavoz, e iniciaban su rutina diaria. Muy de vez en cuando oíamos un sonido pero no de trompeta,

sino de tiros; mamá decía que no nos asustáramos, que los militares estaban entrenando, que para eso era el polígono donde disparaban balas de salva, que no mataban, pero que de todas maneras tuviéramos cuidado y no nos asomáramos al balcón. Mamá tenía mucho miedo.

EL SUPERBLOQUE

Vivir en un edificio como *Cerro Grande* era una aventura para las 180 familias que llegamos a estrenar los apartamentos. Todas venían de casas a ras de acera, casi todas del oeste de la ciudad, algunas de la provincia, otras de El Valle mismo. Las familias estaban orgullosas de su progreso: vivían en un apartamento, una de las más caras aspiraciones familiares en Caracas para esa época y aunque no era con opción a compra, pensaban que podrían comprarlo algún día. Venían dispuestas a seguir ascendiendo, profesionalizar a los hijos, casar bien a las hijas y acceder al confort que el modernismo, recién llegado al país, empezaba a ofrecer. Para todas ellas, vivir en *Cerro Grande* era un privilegio, un reto, un trampolín.

Mis hermanos y yo, como los demás muchachos del edificio, fuimos descubriendo poco a poco aquel intrincado espacio donde viviríamos. Eso, a pesar de la resistencia de mamá a dejarnos salir al pasillo y menos al cerro a jugar vaqueros. Su miedo era mucho. La única forma de ir era escapándonos. Mi hermano, el que me sigue, lo hacía con más frecuencia; era más rebelde.

Cerro Grande, que como buen superbloque ha seguido y seguirá por muchos años donde está, se levanta sobre gruesas columnas que sostienen la peculiar estructura que llama la atención a los pasantes y a quienes lo habitábamos: a pesar de 12 pisos a la vista, los 4 ascensores solo se detenían en los pisos pares: el 2, 6, 8, 10 y 12, donde hay apartamentos; y también en el 4, pero allí nadie vivía.

En cada piso ubicaron 36 apartamentos: el nuestro era uno de los 14 de una sola planta a los que se llegaba por una escalera privada desde el pasillo respectivo. Los otros 22, a nivel del pasillo, son dúplex, la planta de arriba para recibir visitas, comer y cocinar; abajo, las habitaciones y el baño. Las segundas plantas

de esos apartamentos hacen los otros 6 pisos que duplican la altura del edificio.

El piso 4 de *Cerro Grande* es una pausa arquitectónica: un piso solo con columnas, como la planta baja, rodeado de rejas hasta medio cuerpo. Era como un gran balcón en 360 grados, con vista franca al verde de los alrededores y edificaciones cercanas. Hacia un extremo de ese piso estaba la lavandería comunitaria con algo llamativo: probablemente, las primeras lavadoras y secadoras del país que se accionaban con fichas, no con monedas, ni tampoco dándole a un botón como en la casa de la abuela.

Un poco más allá de las lavadoras, hacia uno de los extremos del piso y frente al tupido cerro de entonces, un vestigio del pasado: las bateas y colgaderos de ropa donde las vecinas que se resistían al avance tecnológico podían seguir lavando su ropa a mano y secándola al sol.

Mamá no iba a lavar la ropa al piso 4. Mandaba a la señora que trabajaba en casa. Nosotros íbamos muy poco, solo cuando burlábamos la vigilancia de mamá o cuando allí se celebraba algún evento y nos daba permiso.

Ese piso también servía como sala de fiesta y otras reuniones de la comunidad. En carnavales se instalaba allí la pasarela para el desfile de las candidatas a reina de *Cerro Grande* y se celebraba el baile de coronación. Recién mudados al edificio, algunas mamás tomaron la iniciativa de instalar allí un preescolar mientras se construía el que estaba previsto en los terrenos de los alrededores. Duró poco ese preescolar, tampoco construyeron el otro.

La terraza del edificio ofrecía una soberbia vista hacia los alrededores, pero el acceso hasta allí no estaba permitido a los vecinos. Las antenas de televisión y unos transmisores (¿militares?) allí ubicados hacían peligroso aquel espacio. Además, los niños nos podíamos caer, advertían las mamás. Eso, a mis hermanos y mí, como tampoco a los vecinos más cercanos, no nos importaba; la vista desde nuestros balcones, en el piso 12, era

también soberbia. Desde allí controlábamos-disfrutábamos la zona.

Cuando nos mudamos a *Cerro Grande*, al frente de la planta baja había terrenos baldíos donde los muchachos jugábamos metras y las pocas niñas que dejaban bajar se sentaban a jugar yaquis tirando la pelotica hacia arriba y recogiendo cuantas piezas pudieran antes de que la pelotica cayera de vuelta. Los varones no jugábamos yaquis, aunque algún atrevido, a veces, lo hiciera. Pero no recuerdo haber visto a ninguna de ellas con el puño apretado y la ña a punto de disparar la metra hacia el rayo.

Más tarde, en parte de esos terrenos, construyeron un parque infantil, con columpios, tobogán, subibaja y todo. A mamá no le gustaba que fuéramos al parque, no fuera a ser que a algún vecino se le ocurriera lanzar algo por el balcón y nos cayera en la cabeza. Que mejor, no.

La planta baja era un espacio ancho, largo, abierto de lado y lado hacia los terrenos circundantes. Apenas gruesas columnas que sostenían aquella mole. Era un sitio maravilloso donde corríamos, jugábamos al escondite, manejamos bicicletas los fines de semana o patinábamos en Navidad y años después, algunas noches, proyectaban películas como un cine al aire libre. El espacio de libertad para la muchachera.

Entre los módulos de ascensores de la planta baja había dos cuartos donde solo entraba el personal de servicio del edificio, a través de unas puertas de metal que sonaban fuerte cuando las cerraban y con los años comenzaron a chirriar. “Prohibido el paso”, decía en letras rojas y grandes un cartel en cada puerta. Mamá advertía que ni se nos ocurriera entrar, que allí era peligrosísimo, que había fuego y nos podíamos quemar. Tenía razón, allí estaban los hornos para incinerar la basura del edificio. Después supimos que eso de edificios autónomos en el tratamiento de la basura era extraordinario en Caracas. El arquitecto de *Cerro Grande* fue vanguardista.

También nos enteramos que detrás del edificio, en unos terrenos baldíos al pie del cerro, estaba previsto construir un

centro cultural y un preescolar pero nunca los hicieron. En su lugar, los muchachos del edificio habilitaron un campo para practicar beisbol en “caimanera” y, hacia el otro extremo, los más grandes hicieron una cancha de bolas criollas hasta con gradas de madera para que viéramos los juegos y el desfile de los equipos en la inauguración del campeonato anual. Ese día pasaban los cinco equipos competidores, uno por piso, encabezados por la madrina que llevaba un ramo de gladiolas cubierto con papel celofán y una banda cruzándole el pecho identificando el piso de su equipo. Las madrinas iban como las coronas que envían a los muertos: una banda sedosa con letras en escarcha.

Más arriba de la cancha de bolas y el terreno para las caimanas, en el cerro, y a los lados del edificio, entre el verde de la naturaleza virgen, se veían unas pocas casas, muy pequeñas, de madera y techos de zinc.